

AGONIA

Drama en un acto

Pablo Aznavourian

Personajes:

Roberto.
Felipe
Adela
Enfermo



NOTAS PARA LA ESCENOGRAFIA

El motivo central será la recámara del Enfermo. Al centro se ve una cama de latón algo descuidada y muy vieja. Esta recámara sirve a su vez de sala, ya que hay un sillón individual muy viejo y una mesa con un teléfono, al frente, y a unos pasos de este pobre conjunto una silla. Un tapete muy raído une las patas del sillón con las de la cama y la silla. Otra silla se encuentra colocada del lado derecho del lecho. Del foco, al centro de la pieza, pende un frasco que contiene suero y se puede ver el tubo de plástico alimentador. También hay un buró del lado izquierdo de la cabecera, encima de la cual hay un crucifijo que pende de la pared. Hay dos lámparas, una sobre la mesita junto al teléfono, y la otra sobre el buró. Hay además tres puertas: una a la derecha que da al baño, una a la izquierda al centro, que es la puerta de entrada, y otra en el muro del fondo, que da a la cocina. Un reloj antiguo, de péndulo, está colocado entre la puerta de entrada y la de la cocina, sobre el muro izquierdo. Un cuadro antiguo y otro de familia están al lado sobre el muro derecho, flanqueando la puerta del baño. Al enfermo no se le ve el rostro ni se le verá a lo largo de la obra.

PRIMERA ESCENA

Al iniciarse la escena, Roberto está del lado derecho del lecho, administrándole una medicina al enfermo. Termina y deja el vaso sobre el buró. Se queda un momento quieto viendo atentamente su reloj de pulsera. Retira el termómetro, lo acerca a la luz y lo gira hasta lograr la lectura.

Unos segundos antes ha entrado Felipe. Son las dos de la mañana. Las únicas dos luces encendidas son las de las lámparas.

FELIPE. *(En voz baja)*. ¿Cómo sigue?

ROBERTO. *(Mirándolo extrañado)*. Mal *(Sacude el termómetro)*.

FELIPE. *(Acercándose al lecho)* ¿Tiene calentura?

ROBERTO. No mucha. ¿Cómo hiciste para entrar a estas horas?

FELIPE. Tuve suerte. Estaban entrando los del piso de arriba cuando yo llegué. Te mandan saludos.

(Felipe se acerca a examinar el frasco de suero en lo que Roberto hace unas anotaciones en una libreta).

FELIPE. ¿Desde que horas estás aquí?

ROBERTO. Desde las once.

FELIPE. ¿De la noche?

ROBERTO. No, de la mañana de ayer. *(Termina de tomarle el pulso y vuelve a hacer anotaciones)*.

FELIPE. ¿Cómo? ¿Y no ha venido nadie a ayudarte? Con razón te ves tan cansado.

ROBERTO. No, no ha venido nadie, incluyéndote a ti.

FELIPE. Es que yo estuve muy ocupado.

ROBERTO. Sí, ya lo sé. *(Lo mira despectivo)*.

FELIPE. *(Tratándose de justificar)*. De veras.

ROBERTO. Luego hablamos de eso. *(Se dirige al sillón y se sienta)*.

FELIPE. *(Que se ha acercado al respaldo de la silla)*. ¿Qué ha pasado? ¿Sigue mal?

ROBERTO. *(Respira hondo)*. Nada nuevo, todo sigue igual que la última vez que te dejaste ver.

FELIPE. *(Firme. Ignorando el reproche)*. ¿Llamaste al doctor?

ROBERTO. Por supuesto que lo llamé, ¿qué te piensas? Ahí está la receta encima del buró.

(Felipe se vuelve hacia el buró y toma dos recetas en sus manos).

FELIPE. ¿Cuál de las dos?

ROBERTO. *(Con voz cansada)*. La que está más nueva.

FELIPE. Las dos están casi iguales. *(Se acerca al sillón y se las muestra a Roberto)*.

ROBERTO. *(Señalando una de las recetas)*. Esta.

FELIPE. *(En tono de experto)*. A ver como está esto. *(Se queda viendo la receta)*. Oye, no le entiendo nada.

ROBERTO. ¿Y para qué quieres entender?

FELIPE. Pues para ayudarte, nada más para eso.

ROBERTO. Está bien. En la parte de atrás ya anoté lo que hay que hacer.
(Felipe voltea la hoja, comienza a leer y se dirige hacia el buró, encima del cual están las medicinas).

FELIPE. ¿Y ahora?

ROBERTO. La de la etiqueta roja es cada cuatro horas, la larguita es cada ocho y la otra, la del frasco grande es cada seis. *(Felipe va tomando los frascos y separándolos)*. La primera y la tercera no se pueden tomar juntas, así que hay que dejar pasar por lo menos una hora entre una y otra.

FELIPE. ¿Y luego?

ROBERTO. Las otras dos se usan solo en caso de emergencia.

FELIPE. *(En voz baja)*. ¿Cuáles dos?, si aquí quedan como cinco.

ROBERTO. ¿Para que quieres saberlo todo?

FELIPE. Me voy a quedar aquí a ayudarte, de veras.
(Roberto se levanta y va hacia el buró).

ROBERTO. Eso ni tú te lo crees, pero en fin. *(Toma los dos frascos y los separa del resto)*. Estos dos son para emergencias y estos son los de la receta anterior. *(Toma tres frascos y se dirige a la mesita del teléfono. Coloca los frascos en la repisa inferior)*.

FELIPE *(Se acerca nuevamente al sillón)*. ¿Qué más?

ROBERTO. *(Aún de pié)*. Pues hay que tomarle la temperatura cada hora y el pulso cada dos.

FELIPE. Eh el pulso. No creí que estuviera tan complicado. Yo no sé tomar el pulso. ¿Cómo lo haces?

ROBERTO. Es muy sencillo, le tomas la muñeca así *(Coloca su mano derecha sobre el pulso de Felipe)*. Pon tu dedo gordo ahí. *(Felipe sigue las instrucciones)*. ¿Sientes como unos brinquitos, que te empujan el dedo?

FELIPE. Sí.

ROBERTO. Ahora ve tu reloj y cuenta los brinquitos durante un minuto a partir de que la manecilla del segundero pase por marcar, digamos que el minuto, o el medio minuto, o el cuarto. A partir de ese momento cuentas, y

cuando la manecilla vuelva a pasar por el mismo punto el próximo minuto cortas el conteo. *(Va por la libreta)*. El número a que haya llegado lo anotas aquí.

FELIPE. Esto está rete complicado, yo mejor lo anoto.

ROBERTO. No es necesario que lo anotes, aquí voy a estar yo.

FELIPE. ¿Y si te duermes?

ROBERTO. No me voy a dormir, además he tomado demasiado café. Hey, por cierto. *(Se dirige rápidamente a la cocina)*. Por poco y se quema. ¿No quieres un poco?

FELIPE. *(Que se ha acercado a la puerta de la cocina)*. Cómo no. Con este frío y a estas horas se antoja. *(Salen portando ambos una taza)*.

ROBERTO. ¡Con este frío y a estas horas! ¡Con esta cruda y a estas horas deberías decir!

FELIPE. *(Defendiéndose)*. ¿Cruda? ¿Cuál cruda?

ROBERTO. La que te cargas hombre, si no más hay que mirarte a los ojos para saberlo.

(Felipe ríe tontamente. Transición).

FELIPE. Tú siéntate en el sillón, y a ver si duermes un poco.

ROBERTO. Te digo que he tomado demasiado café y no creo que pueda dormir.

FELIPE. No le hace, por lo menos así descansas.

(Roberto se ha sentado en el sillón y cubriéndose con una cobija se ha preparado para dormir. Felipe se ha sentado en la silla).

ROBERTO. *(Después de un bostezo)*. Por poco y se me olvida, hay que cuidar que no le falte suero en ningún momento. En la cocina hay tres frascos más. *(Ve el reloj)*. Según mis cálculos ese debe terminar a las siete.

(Felipe se ha levantado a revisar el suero y de regreso a su asiento).

FELIPE. Está dormido. ¿Oye y el suero también se lo pones tú?

ROBERTO. No. Se supone que a las siete debe venir el doctor a ponérselo.

(Silencio largo durante el cual Roberto trata de conciliar el sueño y Felipe, luego de poner su taza en el piso, se levanta y va hacia el buró, lo abre con cuidado y extrae una revista. Procurando no hacer ruido vuelve a su asiento).

ROBERTO. *(Que no logra dormirse)*. ¿Fuiste al cine?

FELIPE. No. ¡Qué voy a ir al cine! En el cine no haces más que perder el tiempo. *(Transición)*. Tú duérmete, así no vas a descansar.

ROBERTO. *(Se incorpora)*. No puedo dormir. ¿Entonces qué hiciste hasta ahora?

FELIPE. Nada de importancia, me fuí con unos cuates a dar la vuelta.

ROBERTO. ¿La vuelta? La peregrinación diría yo.

FELIPE. ¿Por qué?

ROBERTO. Aquí llegaste como a eso de las dos.

(Se oye un ligero quejido de parte del enfermo).

FELIPE. *(En lo que Roberto le hace la seña de silencio).* *(En voz baja y con picardía).* Nos fuimos a Cuernavaca. *(Ríe tapándose la boca. Se frota las manos con fruición).*

ROBERTO. *(Insinuante).* A eso hueles.

FELIPE. Momento, momento, no te me aceleres. Nosotros no fuimos a eso que tú te estás pensando.

ROBERTO. No, si yo no me estoy pensando nada, si no necesito ni pensarlo.

FELIPE. Y vuelves al acelere.

(El enfermo se vuelve a quejar).

ROBERTO. *(Haciendo seña de silencio).* Ahi párale ya. No venimos a discutir. *(Se levanta y va hacia el lecho, caminando de puntas. Luego de unos segundos de observar al enfermo, apaga la luz de la lámpara y vuelve a su lugar).*

ROBERTO. *(A Felipe que se encuentra aparentemente absorto leyendo una revista).* ¿Qué estás leyendo?

FELIPE. *(De mala gana).* Nada.

ROBERTO. Y ahora, ¿qué te pasa?

FELIPE. Nada, que está grueso que no me creas.

ROBERTO. ¿Qué no te crea qué?

FELIPE. Pues lo que te digo, las ondas que agarro. Hasta pareces de otro siglo.

ROBERTO. Te llevo cinco años. Y no me digas que en cinco años las cosas se han puesto de cabeza.

FELIPE. Pues a mí me parecen cincuenta. Lo que pasa es que tú y yo hemos vivido de manera muy distinta uno del otro. Cada vez que yo abro la boca tú te vas adelante, muy adelante de lo que yo digo. No me quieres oír y te voy a decir porqué, eh, *(levanta el dedo índice sentencioso)* tú perteneces a una generación y yo a otra.

ROBERTO. Con cinco años de diferencia, ¡estás loco!

FELIPE. Pues ni tanto. ¿Qué te imaginaste ahorita? ¿Qué me ahorré los domingos de seis meses para tirarmelos en una pachanga? *(Roberto se pone serio).* Te pesqué chavo, te pesqué. Así me dijiste que se hacía, ¿no te acuerdas? Pues no, así no fue, nos ligamos a unas chavas en Insurgentes. Ellas agarraron la onda, nos sintonizamos y nos fuimos a Cuernavaca.

82

ROBERTO. ¿Y luego qué? Le compusiste una poesía, le diste un abrazo de despedida y le recomendaste a un buen remendón.

FELIPE. Pues ni falta que hizo. Estas chavas ya estaban liberadas.

ROBERTO. Que liberadas ni que nada. Eso de la liberación es puro bla bla bla. Ya verás el lío en el que te vas a meter un día de éstos.

FELIPE. *(Levanta la voz)*. Yo no me voy a meter. . . *(El enfermo se queja)*.

ROBERTO. Habla quedo o cállate de una vez, con un carajo. A mí qué me importa lo que hagas, después de todo.

FELIPE. *(Con furia contenida en voz baja)*. No, sí te importa, pero no me crees; ése es el problema.

ROBERTO. ¿Y por qué tengo que creerte? ¡A mí qué me importa la liberación! Yo tengo mis propios problemas. Además, vienes a las dos de la mañana, hace una semana que no te veo y encima de todo te tengo que creer el cuento chino de que te fuiste con unas chavas a Cuernavaca; pues déjame decirte algo: si es cierto o no, eso no me va a quitar el sueño.

FELIPE. *(Rehuyendo la situación)*. Voy a tomarme otro café.

ROBERTO. *(Sentencioso)*. Lo necesitas.

(Felipe va hacia la cocina. Al salir lleva en la mano una nueva y rebozante taza de café).

FELIPE. *(Venenoso)*. De veras, en serio, tú no pareces joven.

ROBERTO. *(Amenazante)*. ¿Veniste aquí a las dos de la mañana a armarme un escándalo? ¿No te das cuenta? *(Enfermo se queja)*.

FELIPE. *(De mala gana)*. Está bien, está bien.

(Silencio durante el cual Roberto intenta de nueva cuenta dormir. Felipe sorbe tres o cuatro veces el café que casi se ha enfriado en la taza. Enseguida se levanta y va hacia el baño).

ROBERTO. No puedo dormir. *(A Felipe que regresa con una expresión de satisfacción en el rostro)*. ¿Cuántas botellas te habrás echado?

FELIPE. ¿Botellas? Eso ya pasó de moda. *(Ríe.) (Transición)*. ¿Sabes cuál es el colmo de la virginidad?

ROBERTO *(De mala gana)*. No.

FELIPE. No entrar a una salchichonería, por no verse tentada por la carne. *(Ríe con fuerza)*.

ROBERTO. *(Ríe un poco, forzosamente)*. Ya, chihuahua, bájale el volúmen.

FELIPE. ¿Pues que vamos a hacer?

ROBERTO. Nada, ¿qué vamos hacer? Estamos cuidando a un enfermo, ¿no te das cuenta?

FELIPE. *(Aburrido)*. Sí.

(Silencio durante el cual Felipe se ha levantado a curiosear nuevamente el suero, y a sacudir las piernas. Roberto también se ha levantado por una nueva taza de café. Al salir de la cocina es interrogado por Felipe).

FELIPE. ¿Oye, y si el doctor no puede venir?

ROBERTO. Tiene que venir, si no de todas maneras llamamos a una vecina que es enfermera y ella se lo pone.

FELIPE. Una enfermerita y a esas horas, qué se me hace.

ROBERTO. No está liberada, no te preocupes.

FELIPE. (*Insidioso*). No si yo no me preocupo. . .

ROBERTO. (*Interrumpiéndolo*). ¿Otra vez? (*Vuelven a ocupar sus lugares*).

FELIPE. (*Viendo su reloj de pulsera*). Hasta dentro de dos horas le toca la medicina. Ya es hora de que te duermas un poco, ¿no crees?

ROBERTO. Yo entiendo tu necesidad de hacerte útil, sin embargo pienso más bien que ya es hora de que tú te vayas.

FELIPE. ¿Yo, por qué?

ROBERTO. Porque de seguro te están esperando.

FELIPE. A mí, ¿quién?

ROBERTO. Lo sabes perfectamente.

FELIPE. Yo no sé nada.

ROBERTO. Sigues con el mismo estilo.

FELIPE. ¿Cuál estilo?

ROBERTO. Vienes aquí a las dos de la mañana, después de no aparecerte durante una semana. Además me vienes a ayudar, según tú. ¿Qué no será más bien que no puedes llegar a donde te corresponde?

FELIPE. Tú que sabes acerca de donde debo estar yo. . . alivíate.

ROBERTO. (*Luego de una risilla burlona*). Mamá me habló preguntando por ti.

FELIPE. ¿Y eso qué?

ROBERTO. (*Sigue burlón*). Era la una de la mañana y no sabían dónde andaba el nene.

FELIPE. Ya vas a dejar ese (*Arremedándolo*) tonito. De seguro tú eres muy hombre. (*Insidioso*). Como si no se supiera. (*En lo que dice esta frase Felipe se levanta y va con la taza hacia la cocina*).

ROBERTO. (*Levantando la voz*). No se supiera qué.

FELIPE. (*Devolviéndole la burla*). Ahora eres tú el que está gritando. Bájale el volúmen que tenemos enfermo.

ENFERMO. (*Se queja*). Ah, ah.

ROBERTO. De una vez por todas, ¿me vas a decir qué te traes?

84 FELIPE. Ya no grites.

ENFERMO. *(Con gran volúmen)*. ¡Ay! *(Balucea)* ¡Ay!
(Roberto, que ya se ha levantado, se dirige rápidamente hacia el lecho. Procede de inmediato a tomarle el pulso. Felipe se ha quedado a mitad de la habitación con la taza en la mano).

FELIPE. Le ha de estar doliendo.

ROBERTO. *(Forzadamente)*. No puede ser. Le dieron un sedante como a eso de las nueve.

ENFERMO. *(Se queja)*. Ah, ah. *(Levanta un poco el brazo derecho)*.

FELIPE. Algo quiere.

ENFERMO. Ah, ah. *(Balucea)*.

FELIPE. ¿Tendrá sed?

ROBERTO. Pues vamos a probar; ve por un vaso de agua.
(Sale Felipe por la puerta de la cocina).

ENFERMO. *(se queja y trata de hablar)* Ah, Ah,. . . qrr——

ROBERTO. ¿Qué quieres? *(Le acomoda la almohada)*. A ver si así.
(Entra Felipe).

FELIPE. Qué tal si tiene hambre.

ROBERTO. No creo. Para eso le pusieron el suero. Con el suero no puede darle hambre. *(Toma el vaso de manos de Felipe y lo acerca a la boca del enfermo)*.

FELIPE. Qué seca tiene la boca, verdad.

ENFERMO. *(Bebe un poco de agua que luego escupe)*. Ah. *(Gruñe)*.

FELIPE. ¿Y si lo enderezamos un poco?

ROBERTO. No, el doctor dijo que no lo moviéramos.

FELIPE. Pero si le está doliendo.

ENFERMO. *(Balucea)*. Pr. . . . fa.la. . . .

ROBERTO. Nos quiere hablar.

FELIPE. ¿Qué dijo?

ROBERTO. No sé, no se le entiende.

ENFERMO. Ah, ah. . .

FELIPE. El suero está completo, ¿qué será? . .

ROBERTO. Le voy a tomar la temperatura. *(Toma el termómetro, lo sacude y lo coloca en la axila del enfermo)*.

ENFERMO. *(Balucea)*. Qrrr. . . .o. . . .a. .rr

ROBERTO. *(Acercando el oído a la boca del enfermo)*. ¿Qué? Repítelo.

ENFERMO. *(Grita)*. Ay, ay, *(Levanta el brazo y lo mueve hacia la derecha)*. Q. . .rra. .o. .nn. . . .

ROBERTO. Que si seremos brutos; trae el pato.

FELIPE. ¿El qué?

ROBERTO. El pato.

(Sale Felipe por la puerta del baño).

FELIPE. *(Asomándose)*. No lo encuentro.

ROBERTO. Como que no lo encuentras. Está ahí debajo del lavabo.

FELIPE. *(Con el pato en la mano)*. ¿Cómo le hago?

ROBERTO. Muy bueno para dar ideas. Dame acá. *(Toma el pato y lo mete debajo de la sábana)*.

ENFERMO. Ah, ah, *(Mueve la cabeza con violencia)*. *(Esperan unos segundos)*.

ROBERTO. *(Saca el pato y lo revisa)*. Nada.

ENFERMO. *(Vuelve a quejarse)*. Ah, ah, ay.

ROBERTO. Será mejor que llame al doctor. *(Se dirige al teléfono, en lo que Felipe saca el termómetro de la axila del enfermo. Intenta leerlo. Le da tres vueltas o más sin lograr identificar el indicador de temperatura)*. Bueno, sí, ¿doctor?, habla Roberto Vidal. . . *(Silencio)* Parece que no puede orinar. Se queja mucho. *(Silencio. Se acerca Felipe con el termómetro y se lo enseña a Roberto, quien lo toma y hace una rápida lectura)*. Sí, aquí estoy, estaba viendo la temperatura. Tiene 38.5. *(Silencio)*. Le dimos agua. *(Silencio)*. Sí, todas. *(Silencio)*. Lo acomodamos un poco. *(Silencio)*. No, no mucho, nada más la cabeza. *(Silencio)*. Como a la siete de la noche. *(Silencio largo)*. Entonces ¿qué vamos a hacer? *(Silencio)*. Sí, sí, la compramos. *(Silencio)*. ¿Yo? *(Silencio)*. Si usted me lo explica, puedo intentarlo. *(Silencio)*. Sí, un momento por favor. *(Se levanta Roberto y va hacia el baño, de donde regresa con un paquete transparente)*. Bueno, sí aquí la tengo. *(Silencio. Roberto rasga el paquete)*. Sí. *(Silencio)*. ¿Y si le duele? *(Silencio. En el reloj suenan las tres de la mañana)*. Sí. *(Silencio)*. Sí. *(Silencio)*. ¿No hay otra manera de hacerlo? *(Silencio)*. ¿Y si aún así no puede? *(Silencio)*.

ENFERMO. *(Se queja)*. Ah, ah, . . .

ROBERTO. Le hablo entonces. *(Silencio)*. Sí, hay una en el siguiente edificio. *(Silencio)*. ¿Dónde lo puede localizar? *(Silencio)*. *(Roberto toma un lápiz de la repisa inferior y pide por señas a Felipe que le sostenga la libreta. Hace algunas anotaciones)*. Yo le hablo, sí *(Silencio)*. Hasta luego doctor y gracias. *(Cuelga el teléfono)*. *(A Felipe)*. Hay que ponerle la sonda.

FELIPE. No la amueles, eso es trabajo del doctor. Se la tiene que poner él.

ROBERTO. Me explicó por teléfono cómo hacerlo. Además él no puede venir, así que no hay más.

ENFERMO. Ah, ah. . .

86 FELIPE. Qué mala pata. Oye, ¿y la vecinita? ¿Qué tal si le hablamos?

ROBERTO. La cosa no es tan grave, se va a molestar si la despertamos a estas horas.

FELIPE. ¿Qué pasa si la tripita esa no funciona?

ROBERTO. Entonces sí, la tendríamos que llamar.

FELIPE. ¿Qué más da? De una vez, si de todas maneras la tenemos que llamar.

ROBERTO. Está bien, vete rápido, es en el departamento siete del edificio de junto. Sales de aquí y te vas hacia la derecha. Se llama Adela. Le dices que es muy urgente. *(Felipe se dirige hacia la puerta)* Llévate las llaves. *(Saca las llaves de su bolsillo y se las entrega a Felipe)*

(Sale Felipe).

ENFERMO. Ah, ah.



ROBERTO. *(Se acerca al lecho)*. Ya vienen, no te preocupes, en un ratito más te curan. *(Toma un frasco del que extrae una pastilla)*. *Coje el vaso de agua de encima del buró y le administra la pastilla al enfermo)*.

ENFERMO. Ah, ah *(Balucea)*.

ROBERTO. Diez minutos, no deben tardar más. *(Se pasea nervioso por el cuarto. Saca un cigarro, lo enciende y empieza a fumar)*. *(Va hacia la cocina, de la que sale con una nueva taza de café)*. *(Pasa cerca del enfermo, lo observa unos segundos y luego se dirige al sillón)*. *(Una vez sentado sorbe tres o cuatro veces y coloca la taza sobre la mesita del teléfono)*. *(Felipe irrumpe ruidosamente)*.

ROBERTO. Con un demonio, vas a dejar de hacer ruido.

FELIPE. Está bien, perdóname, es que el entusiasmo me embarga.

ROBERTO. Se puede saber qué pasó con la enfermera.

FELIPE. Qué guardadito te lo tenías.

ROBERTO. Con un carajo, te vas a dejar de payasadas. ¿Qué pasó con Adela?

FELIPE. Eso ya coincide más con los hechos. *(Se frota las manos)*.

ROBERTO. ¿Qué hechos? Te vas a explicar de una vez.

FELIPE. *(Engolando la voz)*. Adela, como tú la llamas. *(Cambio a cinismo)*. Está re-buena.

ROBERTO. Y eso a nadie le importa en este momento.

FELIPE. A mí sí.

ROBERTO. Va a venir, sí o no.

FELIPE. *(Insinuante)*. Por supuesto que va a venir. Se está. . . *(Hace un movimiento característico con ambas manos, indicando la figura de la mujer)*. . . arreglando.

ROBERTO. Vaya, menos mal.

FELIPE. Vaya, menos bien. Je, je, voy por un café. . . a la cocina. *(Al pasar junto al enfermo agita la mano con infantil alegría)*.

FELIPE. Hola. *(Al regresar de la cocina)*. *(Con falsedad)*. Oye, y ya hablando en serio, ¿qué te parece la señorita Adela? *(Luego de un silencio durante el cual intercambian miradas significativas)*.

ROBERTO. No me parece nada.

FELIPE. *(Con falsa vulgaridad)*. Voy, voy, no me parece nada. *(Nuevamente como Felipe)*. Aliviánate, cómo que no te parece nada. La neta. . . está re-buena. No te digo. . .

ROBERTO. No te digo ¿qué?

88

FELIPE. Ya te lo dije. No nombras las cosas por lo que son.

ROBERTO. No tengo por qué nombrarlas como tú las nombras.

FELIPE. Pero si no hay más. Cuando una chica está como Adela, pues simplemente, está buena y punto.

ROBERTO. Y tú eres el que habla de liberación femenina.

FELIPE. ¿Y eso qué tiene que ver?

ROBERTO. Eso tú lo sabes mejor que yo.

FELIPE. ¿Qué se yo mejor que tú?

ROBERTO. Pues de la liberación, Felipito el Grande. De la liberación sabes más tú que yo, según me lo explicaste hace un rato.

FELIPE. Te lo repito, ¿eso qué tiene que ver?

ROBERTO. *(Mirándolo con conmiseración)*. No te preocupes, nada tiene que ver. *(Comienza a reírse)*. *(Felipe permanece cabizbajo en el silencio)*.

FELIPE. *(Como débil defensa)*. Mira, mira, mira, qué misterioso.

(Roberto continúa riéndose). Con un carajo ¿me vas a decir de qué te ríes?

ROBERTO. *(Se acerca y lo palmea ligeramente)*. Pues muy sencillo. Las mujeres no son objetos, eso dicen las liberacionistas, o ¿no?

FELIPE. Bueno sí, por supuesto, eso dicen las liberacionistas, *(tratando de hacer forzosamente un chiste)*. pero se olvidaron de consultarnos a nosotros los liberacionistas.

ROBERTO. Sí, seguro. *(Transición y luego muy seguro)*. ¿Qué pasó hoy en la casa?

FELIPE. Nil. . .

ROBERTO' *(Amenazante)*. Te lo estoy preguntando en serio.

FELIPE. *(Defendiéndose)*. Nada, no pasó nada.

ROBERTO. ¿Qué te ganas con mentirme a mí? Si lo voy a saber todo.

FELIPE. Si lo vas a saber todo, ¿por qué me preguntas?

(Enfermo se queja. Se hace un breve silencio en lo que Roberto se levanta del sillón).

ROBERTO. *(En lo que se dirige al lecho, en voz baja)*. Porque me interesa, hombre, ni siquiera parecemos de la misma familia.

FELIPE. *(En lo que Roberto observa al Enfermo)*. Y quizás no lo seamos.

ROBERTO. ¿Qué dijiste?

FELIPE. *(Con un poco más de voz y volviendo la cara hacia Roberto)*. Que quizás no seamos de la misma. . .

ROBERTO. Ya deja eso. . .

FELIPE. ¿Qué eso?

ROBERTO. Tus teorías idiotas.

FELIPE. Nada de teorías idiotas, si está demostrado que en una familia no todos son del mismo tronco.

ROBERTO. No me vengas con cuentos.

FELIPE. No son cuentos, es una verdad científica comprobada.

ROBERTO. Y qué te ganas con demostrar, si puedes, que tú y yo no somos de la misma familia. *(Esto se lo dice a Felipe, acercándose por la espalda).*

FELIPE. *(Que está sentado en la silla).* No, si no me refería a tí.

ROBERTO. *(Con rabia en la voz, pero sin volumen).* No, ¿entonces a quién?
(Felipe guarda un significativo silencio).

ROBERTO. No me digas que a mi papá.

FELIPE. Lo ves, lo ves. Tú también lo has pensado.

ROBERTO. Yo no he pensado nada, solo sé que es con él con quien no te entiendes.

FELIPE. *(Triunfal).* Cuanto más a mi favor.

ROBERTO. ¿Cómo? No me digas que el hecho de no entenderse con alguien es razón suficiente para descartarlo de tu familia. Tú sí que le encuentras salidas fáciles a los problemas.

FELIPE. Ninguna salida fácil. Eso está demostrado.

ROBERTO. Pues demuéstramelo a mí. A mí que te he visto todos los días desde hace veinte años. Que crecí contigo. Demuéstrame que tu habilidad para eludir problemas es algo muy distinto de tus teorías.

FELIPE. Lo que pasa es que tú estás enajenado.

ROBERTO. Estoy enajenado y todo lo que tú quieras, gustes y mandes, pero demuéstramelo.

FELIPE. ¿Qué quieres que te demuestre?

ROBERTO. ¿Cómo? ¿Se te olvidó? Pues que tú, yo y mi papá, tenemos muy distinto origen. Vamos demuéstralo, ahorita, aquí.

FELIPE. *(Evasivo).* Lo que pasa es que tú. . .

ROBERTO. No pasa nada. Demuéstrame.

FELIPE. Tú qué sabes de eso. *(Se vuelve de espaldas a Roberto).*

ROBERTO. *(Riéndose burlón).* Nada, no sé nada de eso. No he ido a la escuela superior. No he leído a Freud. Ni *(Lo comienza a picotear en la espalda, con el dedo índice)* que me haga falta en este caso.

FELIPE. Seguro que no te hace falta. *(Comienza a reirse un poco forzosamente).*
Debes estar muy contento metido todo el pinche día en la zapatería.

ROBERTO. Pues mira, tanto como bailar diariamente un zapateado por el gusto de estar encerrado, pues no, no lo hago. Pero no es de eso que estamos discutiendo. No me la cambies, tú me tienes que explicar el origen de tu sangre, en eso quedamos.

FELIPE. Y vuelve la burra al trigo.

ROBERTO. Pues no hay de otra señor arriero, la burra desea saber por qué no pertenece a su real familia.

FELIPE. Oyeme, te estás pasando de la raya.

ROBERTO. De ninguna raya me estoy pasando señor académico. Andale, nombra las cosas por su nombre, no te digo.

FELIPE. No te digo ¿qué?

ROBERTO. Hasta pareces de otra generación. Pero si no hay más, cuando un chico se comporta como tú, pues muy sencillo, tiene mamitis aguda (*breve silencio*) y crónica. (*Ríe*). Por lo tanto, página 256 del libro de mi vida, a este chico le estorba su papá. Siempre le estorbó, pero nunca supo por qué, hasta ahora que ya muy crecídito va a la Universidad y por fin descubre la causa de tanto descontento, pues resulta que su papá no es su papá, así de sencillo. ¡A quién se le ocurre!

FELIPE. (*Truena la boca*). A mí se me hace que estás frustrado porque no fuiste a la escuela.

ROBERTO. ¿No me digas?

FELIPE. Sí te digo. Todos los frustrados hablan como tú. No ven más allá de sus narices. Todos los que conozco de tú edad y que no fueron a la escuela, me salen con el mismo cuento: Se creen muy sabios porque han vivido más tiempo y siempre tienen una disculpa idiota para no haber ido a la escuela. Pero a mí no me va a pasar lo que a tí, despreocúpate.

ROBERTO. A mí no me ha pasado nada.

FELIPE. ¿No me digas que estás satisfecho?

ROBERTO. Sí, lo estoy.

FELIPE. Nel pastel, qué vas a estar.
(*Enfermo se queja*).

FELIPE. Como si no se supiera que te traen bien cortito, que no te dejan ni asomar las narices. Y así me dices que estás satisfecho. ¿Quién te lo va a creer?

ROBERTO. (*De frente y muy seguro*) ¿Tú qué sabes de eso?

FELIPE. Lo sé todo. Fíjate bien: Te acostaste, te casaste y te encerraste en la zapatería.

ROBERTO. Me perdonas, pero de mi vida privada no sabes nada.

FELIPE. Estás frustrado, esa es la verdad.

ROBERTO. Te repito que no sabes nada.

FELIPE. Te repito que lo sé todo: Te acostaste, te casaron, para ser más exacto, y luego te encerraron en la zapatería. Esa es la verdad.

ROBERTO. No sabes nada. No tienes idea de lo que es amar.

FELIPE. No te digo, alivíate. No más porque me llevas cinco años y ya no puedo saber lo que es amar.

ROBERTO. No sabes nada, nada.

FELIPE. Eso lo tendrías que demostrar.
(*Enfermo se queja*).

ROBERTO. Yo no estoy aquí para demostrarte nada, está claro. (*Roberto va hacia el lecho*).

FELIPE. Está bien, no me lo demuestres, (*Baja el volumen a una señal de Roberto*) pero para el caso ni falta que me hace.

ROBERTO. (*Regresando. Con rabia contenida*). A mi esposa la amo, ¿me entiendes?

(*Enfermo se queja*).

FELIPE. Sí, sí que te entiendo: la amas. La amas mucho. Pero yo no puedo olvidar los grandes planes que tenías (*remarcando*) para cuando entraste a la Universidad. Nunca te oí nombrar una zapatería. Ni siquiera por error y mírate en dónde te pasas ahora todo el día encerrado doce, catorce y hasta dieciseis horas diarias, ¡en una zapatería!

ROBERTO. Con un demonio, te callas de una vez o te rompo el hocico.
(*Enfermo se queja*).

FELIPE. (*Muy crecido*). A mí no me vas a romper nada, porque lo que tú necesitas romper, es la imagen del espejo en el que te ves, diariamente, como un fracasado de apenas veinticinco años. Agarra tu onda. Tú encuentras muy fácil criticarme a mí, ¡claro! si yo soy la oveja negra de la familia, el que no quiere obedecer todo lo que se le ordena. Me critican por una sola razón: no soy como ustedes. Me repudian porque no pienso como ustedes. (*Enfermo se queja*). Me hostigan porque no deseo lo que ustedes desean, y todavía te extraña que yo no me sienta parte de la familia: pues esta es la razón, ustedes me han empujado a sentirme así. (*Acusador*). Pero ahora te toca a ti. Sí, ahora explícame por qué te enredaste con esa vieja p. . .

ROBERTO. ¡No la llames así!

FELIPE. ¡La llamo como se me pega la gana!

ROBERTO. (*Se va sobre Felipe*). Yo te voy a enseñar (*lanza un golpe fallido. Felipe, luego de esquivar el golpe se dirige rápidamente a la puerta y sale. Cuando Roberto ha alcanzado la puerta se oye la voz de Felipe*).

FELIPE. Oh, hola que tal.

92 ADELA. A dónde iba usted tan rápido?

FELIPE. Eh, iba a buscarla, pero. . .

ADELA. ¿Espero no haberme tardado mucho?

FELIPE. No, no se tardó, lo que pasa es que estamos muy nerviosos, pero pase, pase por favor. *(Entran Felipe y Adela).*

ROBERTO. Qué bueno que la encontramos. Éh, se trata de ponerle una sonda. *(Va hacia la mesita en lo que la enfermera se acerca al lecho).*

FELIPE. *(A Adela).* ¿Está bien el suero? *(Adela revisa el contador de gotas y la aguja en el brazo del enfermo. Ve su reloj de pulsera).*

ADELA. *(A Roberto que ha regresado).* ¿El doctor lo ordenó a ochenta?

ROBERTO. Sí, eso creo. A ver, permítame. *(Toma la receta y la libereta de encima del buró).* Sí, aquí está anotado. *(Lo muestra a Adela).*

ADELA. ¿Le tomó la temperatura?

ROBERTO. Sí, hace un rato, antes de hablarle al doctor, tenía 38.5
(Adela toma la sonda que Roberto ha dejado sobre la cama).

ADELA. ¿Tienen alcohol?

ROBERTO. Sí, enseguida se lo traigo. *(Se dirige hacia la puerta del baño)*

ADELA. No, no hace falta. ¿Me permite?

ROBERTO. Sí, ¿cómo no?, pase.

(Adela sale por la puerta del baño).

ENFERMO. Ah, ah, . . .

FELIPE. ¿Y ahora que hacemos? Roberto se encoje de hombros

FELIPE. Se queda viendo el cuenta gotas.

(Entra Adela, se acerca al lecho y destapa al enfermo).

ADELA. *(Al enfermo).* Le va a doler un poco. *(Procede a colocar la sonda).*
(Se oye un ruido proveniente de la cocina).

ROBERTO. *(A Felipe que ha seguido con atención la operación).* Es el café, apúrale.

ENFERMO. Ah, ah, ah, ay. . .

ADELA. ¿No tiene un calmante que le podamos dar?

ROBERTO' *(Toma un frasquito del buró).* Le dí una de éstas. Las recomendó el doctor en caso de dolor intenso.

ADELA. Está muy inflamado—*(Se vuelve nuevamente a continuar con su trabajo).*

FELIPE. *(Desde dentro).* Adela, ¿no quiere usted café?

ADELA. No, gracias, es muy noche.

FELIPE. Lo acabamos de hacer, está muy rico. Anímese. *(Adela continúa la operación en silencio).*

FELIPE. ¿Y tú Roberto?

ROBERTO. Sí, pero ya deja de gritar.

ENFERMO. Ah, ah, ah, ay. . .

ADELA. Ya, ya, enseguida termino.

(Felipe entra con dos tazas de café que coloca sobre la mesita del teléfono. Vuelve a la cocina, de la que sale con una tercera taza).

ADELA. ¿Me permite?

ROBERTO. Sí, por supuesto, pase. *(Sale Adela por la puerta del baño, luego de cubrir nuevamente al enfermo. Roberto toma el pato y lo coloca debajo de la sábana).*

FELIPE. ¡Ojalá y ahora se calme! *(Silencio breve).*

ROBERTO. Sí, ojalá.

FELIPE. Qué suerte tuvimos, ¿no crees? *(Silencio breve).*

ROBERTO. Sí.

(Entra Adela).

FELIPE. Le guardé su cafecito. Se lo va a tomar, ¿no?

ADELA. *(Sonríe y toma el café de manos de Felipe).* Gracias.

FELIPE. Pase, siéntese. *(Le señala la silla).*

ADELA. Gracias.

(Roberto saca el pato de debajo de la sábana y se dirige hacia el baño).

FELIPE. *(Se sienta en el sillón, coge la taza de café).* *(A Adela).* Qué suerte tuvimos al encontrarla, ¿no cree?

ADELA. No, por qué, qué otra cosa podría estar haciendo a estas horas.

FELIPE. Podía haber ido a una fiesta, je, je.

ADELA. ¿Entre semana?

(Entra Roberto)

FELIPE. ¿No sale usted con amigas?

ADELA. Bueno, sí, pero. . .

ROBERTO. *(Que se ha acercado).* Perdonen que los interrumpa. Adela, ¿qué otra cosa nos recomienda?

ADELA. Yo no les puedo decir mucho más de lo que les ha dicho el doctor. Con lo que hemos hecho creo que será suficiente, por lo menos por esta noche. De todas maneras, si algo sucede, llámenme.

ROBERTO. Pero a estas horas, no la vamos a dejar dormir.

ADELA. No importa, llámenme, para mí no es ninguna molestia.

ROBERTO. Muchas gracias. Adela, no sabe cuánto se lo agradecemos.

FELIPE. *(A Roberto)*. ¿No te tomas tú café?

ADELA. Eh, yo ya me tengo que ir. *(Se levanta)*.

FELIPE. ¡Qué lástima! Y nosotros que ya estábamos agarrando la onda.

ADELA. *(A Felipe)*. Usted necesita otro café. *(Roberto se adelanta y toma la taza de manos de Adela)*.

ROBERTO. Permítame. *(Se apresura a llegar a la cocina, de donde sale inmediatamente para tomar la capa de Adela, que pende de la parte posterior de la puerta de entrada. Felipe, luego de dejar su taza sobre la mesita se levanta también. Roberto toma la capa y la coloca en la espalda de Adela)*.

ADELA. Muchas gracias, muy amable. Espero se mejore. *(Ya saliendo)*. Buenas noches.

ROBERTO. Eh, ¿cuánto le debemos?

ADELA. Por esta vez nada.

ROBERTO. ¿No? ¿Cómo? La hicimos levantarse a estas horas, no es justo.

FELIPE. Si, no es justo, nos tiene que cobrar.

ADELA. Les digo que no es nada.

ROBERTO. No haga eso, así no la volvemos a llamar.

ADELA. Pero, ¿por qué no?, si para mí no es ninguna molestia.

ROBERTO. Cómo no va a ser molestia. Es casi de madrugada y nosotros que la levantamos de prisa.

ADELA. A mí me da pena cobrarles.

FELIPE. Y a nosotros no pagarle.

ADELA. Está bien, que sean cuarenta pesos. *(Roberto se dirige hacia el buró, del que extrae dinero)*.

ROBERTO. *(Extendiéndole el dinero a Adela)*. No completamos. ¿Hay algún problema si le pasamos el resto mañana?

ADELA. No, no hay ningún problema, no se preocupe.

FELIPE. *(Que se ha buscado en los bolsillos)*. Yo no traigo ni maíz.

ADELA. ¿Perdón?

FELIPE. No traigo ni quinto, eso quise decir. ¿La acompaño de regreso?

ADELA. Sí, cómo no, gracias. Buenas noches. *(Se despide de Roberto)*. Y les insisto: llámenme en cualquier momento. *(Salen Felipe y Adela)*.

ROBERTO. Buenas noches. *(Cierra la puerta. Se dirige hacia el buró y apaga la lámpara. El enfermo se queja muy quedamente. Le toma la temperatura y el pulso, y hace las anotaciones pertinentes. Se dirige hacia el sillón, se sienta y toma su taza. Se levanta luego de probar un sorbo, y va hacia la cocina. Unos segundos después sale y vuelve al sillón. Lo vence momentáneamente el sueño cuando suena el teléfono. Enfermo se queja).*

ROBERTO. Bueno. *(Silencio)*. Sí, soy yo, quien más podría ser. *(Silencio)*. Se me debe de haber cerrado la garganta. *(Silencio)*. Sí, se acaba de ir. *(Silencio)*. Bien, le pusimos una sonda. *(Silencio)*. No, no yo, llamamos a una enfermera que vive aquí cerca y ella se la puso. *(Silencio)*. Eso estaba tratando de hacer cuando sonó el teléfono. *(Silencio)*. Yo te llamo si algo pasa mamá, no te preocupes. *(Silencio)*. Hasta luego. Buenas noches. *(Se levanta y va hacia la cocina de donde vuelve inmediatamente al sillón. Intenta conciliar el sueño. Dormita durante unos segundos. Se oye que llaman a la puerta, primero muy quedamente y luego con más volumen).*

ROBERTO. Con un carajo. *(Se levanta y va hacia la puerta)*. Por lo visto hoy no voy a dormir. *(Abre la puerta)*. Ah, eres tú, no esperaba verte sino hasta mañana.

ADELA. Ya que estaba despierta pensé venir a verte. *(Le acaricia la cara)*. Te ves tan cansado. *(Lo abraza)*. ¿Lo hice bien? *(Se besan)*.

ROBERTO. Muy bien.

ADELA. ¿No se sospechó nada?

ROBERTO. Hizo algunas insinuaciones, pero nada más. ¿No te molestó?

ADELA. A mí no, aunque trató por todos los medios sacarme una cita. *(Lo besa de nueva cuenta)*. Ven. *(Lo toma de la mano y lo conduce al sillón)*. *(Se recuestan)*.

ROBERTO. Ven. *(La toma de la mano y la conduce al sillón)*. Te amo. *(La besa)*. Espera. *(Alcanza el apagador de la lámpara que está sobre la mesita)*. *(El cuarto queda sumido en una completa penumbra)*.

ADELA. *(Entre beso y beso)*. Algo tenemos que hacer. No podemos continuar así. *(Se besan y manosean frenéticamente)*. ¿Me amas? Dímelo, quiero oírte decir.

ROBERTO. Sí, te amo *(la besa)* te amo *(la besa)*.

(El enfermo se queja muy quedamente).

(Se oye la puerta chirriar muy quedamente).

ROBERTO. ¿Qué pasa?

ADELA. ¿Nada, qué puede pasar?

(La puerta se abre silenciosamente).

(Se ve a Felipe, quien primero de pie y luego a gatas, recorre con cautela el cuarto). (El enfermo se queja). (Adela ya se ha quitado la blusa y Felipe está ya muy cerca del sillón).

ADELA. ¿Qué te pasa? *(Roberto ha vuelto la cara hacia el respaldo del sillón).*

ROBERTO. Nada, me da remordimiento.

ADELA. No se da cuenta, no te preocupes, yo sé lo que te digo. *(Vuelven a besarse con fuición. Roberto intenta desprender la falda de Adela. Felipe ha llegado al filo del descansabrazos. Se va hacia atrás hasta alcanzar la silla. Se sienta por unos segundos. El enfermo se queja y entonces Felipe se agacha rápidamente).*

ADELA. Te quiero, te quiero.

ROBERTO. Yo tam... bien.

(Sube el tono de la queja del enfermo. Felipe ha alcanzado nuevamente el descansabrazos y en vista de otra queja del enfermo, decide escurrirse hacia atrás del respaldo del sillón).

ROBERTO. Algo le pasa, se está quejando mucho. *(Trata de incorporarse).*

ADELA. *(Acostándolo de nuevo).* No pasa nada.

(El enfermo da un grito de dolor).

ROBERTO. *(Sobresaltado).* Será mejor que lo vea.

(Felipe se escurre hacia el baño).

ADELA. Espera a que se vuelva a quejar.

(Enfermo lanza un quejido preconizante).

ROBERTO. No, te digo que algo le pasa. *(Se incorpora y se levanta. Va hacia el lecho).*

(Enfermo lanza un grito de dolor).

ROBERTO. Cálmate, cálmate. *(Le coloca el termómetro y se dispone a tomarle el pulso. Adela se está arreglando).* *(Enfermo gruñe y vuelve a gritar).*

ROBERTO. ¿Qué te pasa?

(El Enfermo grita de nueva cuenta).

ADELA. ¿Es la primera vez que se pone así?

ROBERTO. Sí.

ADELA. Tenemos que destaparlo.

ROBERTO. Pero si hace mucho frío.

ADELA. Tú llama al doctor. Yo me encargo de él. *(Adela destapa al enfermo en lo que Roberto va hacia el teléfono).*

ROBERTO. ¿Doctor? *(Silencio).* Sí, habla Roberto Vidal. *(Silencio)* Se, se ha puesto muy mal. *(Silencio).* Enseguida. *(Deja el teléfono y va hacia el en-*

fermo le retira el termómetro y hace la lectura.) (Vuelve al teléfono). Cuarenta. (Silencio). Treinta y ocho y medio. (Silencio). Lo destapamos. (Silencio Enfermo se queja de nueva cuenta, repetidas veces). Sí, ¿dónde? (Silencio). Llamo a una ambulancia. (Silencio). ¿Usted no puede venir? (Silencio). Qué bueno. (Silencio). No hace falta, ella está aquí. (Silencio). Sí, en seguida. Gracias. (Silencio). Sí, sí, lo esperamos.

ROBERTO. ¿No sabes de una compañía de oxígeno?

ADELA. A ver, permíteme. *(Tomo el directorio de la repisa inferior de la mesita). Aquí está.*

(Enfermo continúa quejándose).

ROBERTO. Yo creo que ya le subió más la temperatura.

ADELA. ¿Bueno? ¿A dónde hablo? *(Silencio)* Necesitamos de urgencia un tanque de oxígeno. *(Silencio)*. Sí. *(Silencio)*. Cuauhtémoc 256 altos tres. *(Silencio)*. Gracias. *(A Roberto)*. Listo, despreocúpate.

ROBERTO. *(Alarmado)*. Está muy mal. *(Va hacia el teléfono)*. *(Marca muy nervioso)*. Bueno, mamá, ve. .vengan. . .se puso muy grave. . rápido. *(Silencio)*. No sé. *(Silencio)*. Sí, dijo que iba a venir. Pero vengan ya. . . *(Silencio)*. Sí. *(Cuelga)* *(Entretanto Adela ha vuelto a tomar la temperatura al Enfermo)*.

ADELA. Cuarenta y uno--

ROBERTO. No hay nada que podamos hacer.

ADELA. Nada más bajarle la temperatura a como dé lugar. Consigue hielo.

(Roberto va hacia la cocina, en lo que Adela se dirige hacia el baño).

ADELA. *(Lanza un grito de espanto y se le ve salir lentamente de espaldas, del baño)*. ¿Qué hace usted aquí?

ROBERTO. *(Al mismo tiempo del grito de Adela, se oyen ruidos en la cocina)*. ¿Qué pasa por Dios? *(Se asoma)*.

(Aparece Felipe).

FELIPE. *(Cruza el cuarto. Desde la puerta muy serio, lacónico)*. Lo ví todo. *(Sale)*.

(Adela y Roberto intercambian miradas significativas. Silencio pesado. El enfermo se queja. Reaccionan. Adela entra de nueva cuenta al baño, de donde sale con las toallas. Roberto sale de la cocina con una cacerola que contiene hielos. Adela coloca las toallas sobre el enfermo. Roberto se encuentra del otro lado del lecho. Intercambian miradas).

ROBERTO. ¿Qué hago?